

La foto de Louise

Por: Louise Suesca Reyes¹
 louisuesca@hotmail.com
 Colegio Floridablanca (IED)



Ayer

Con aproximadamente 10 años de edad, en la casa paterna donde crecí y pasé la mayor parte de mis etapas de niñez y adolescencia. Fue una casa grande y de un piso al principio; hoy cuenta con tres pisos pero ya no vivimos allí. Sólo permanecen allá mis padres y dos hermanos hombres. La casa es esquinera y enfrente está el parque donde muchas veces jugamos básquet. En esa cuadra aprendimos a montar en bicicleta y un poco a patinar. Siempre con mis hermanos, pues la autoridad materna nunca nos permitió relacionarnos con los vecinos.

En la imagen estoy al lado de mi tía, dos primos y seis de mis nueve hermanos; la puerta permanecía sin asegurar porque entrábamos y salíamos continuamente. Recuerdo perfectamente el sonido al cerrarla del todo y al entrecerrarla, ya que nunca fueron sonidos evidentes, lo que facilitaba una que otra escapada a comprar golosinas en la noche. Había un antejardín hecho con ladrillo prensado y me agradaba la tarea asignada de rociar las plantas, ya que había oportunidad de sentir el agua, jugar con la manguera y percibir el olor de la tierra mojada.

Lo primero que recuerdo al ver la imagen es que ese era mi vestido favorito, lo usaba mucho, estaba pendiente de que se secara para volver a usarlo. La textura de las dos telas, el color, los pliegues, no requería plancharlo, era de niña elegante, todo me gustaba de esta prenda y claro: los clásicos zapatos de charol que usé desde pequeña. Aún en la actualidad, a veces, uso zapatos de este material.

Me gustaba que hubiera visitas porque se rompía la monotonía y el régimen de autoridad que siempre había, cesaba un poco porque delante de las visitas, el comportamiento de los adultos era más amable, había postres y comidas especiales y los permisos para salir a jugar se lograban más fácilmente. Además, la tía o los primos nos compraban dulces o nos regalaban billetes a la hora de irse.

Yo leía mucho, pues al tener tantos hermanos mayores la biblioteca era nutrida y diversa; entonces dudaba de Dios invisible y me imaginaba muchas versiones de él. Me imaginaba también que era grande y que me iba a vivir sola o a viajar. Notaba que escribía mi nombre en todas partes y que defendía su escritura y su pronunciación. Mi memoria táctil me hace recordar que alguna vez escribí mi nombre en la pared rugosa del patio, colocando los dedos mojados pacientemente formaba las seis letras; se secaba y de nuevo escribía y así toda la tarde. Leía a Marx a Oparín, a Mao Tse Tung, pedía aclaración a los hermanos mayores, pero también leía literatura clásica infantil, reportajes y tenía muchas confusiones acerca del mundo, de cómo funcionaba, de cómo vivirían en otras partes del mundo y mantenía muchos silencios.

Era muy insegura en el colegio, pues no tenía talento para el recortado, el coloreado e infortunadamente muchas tareas tenían manualidades. Las niñas de mi edad eran más sencillas en su forma de pensar y de ver la cotidianidad, yo les parecía un poco extraña y algunas maestras afirmaban que era más madura que ellas y que la familia debía cuidar las lecturas que yo hacía. Pensaba que era afortunada de tener muchos hermanos, pero era consciente del abandono de mi papá y de lo duro que trabajaba mi mamá, después de haberlo tenido todo, y de que mis hermanos mayores se iban yendo a estudiar a universidades y colegios en otras ciudades y los mayores profesionales, a trabajar.

Las ilusiones iban de la mano con las posibilidades de juegos un poco reales y un poco imaginarios, como actuando, bailando y cantando con mi hermana mayor y mi hermano menor, pues éramos y somos los tres menores de los once. La música de todos los géneros, que escuchábamos a través de la radio y de la televisión, fueron las grandes acompañantes y referentes del contexto histórico que vivíamos; pero, sobre todo, del acontecer externo

e interno en esos años de crecimiento. A veces, en la terraza mi hermana y yo poníamos cojines, nos acostábamos y nos concentrábamos en mirar las estrellas, tratando de alcanzar a distinguirlas con comentarios y búsquedas posibles e imposibles.

Ahora...

Sobre ese momento de mi vida, sé que escogí la foto porque prefería las situaciones externas de la casa ya que dentro de ella había mucho conflicto y a veces en asuntos fundamentales, los menores pasábamos desapercibidos o quedábamos al descuido sobre percepciones, necesidades y dudas como en mi caso, en el duro periodo del fin de la niñez y el paso a la pre adolescencia. No sabía en ese momento, ni tenía idea de toda la travesía que debía recorrer con mi cuerpo en los particulares procesos de desarrollo.

Creo que era una niña con muchos temores y, a la vez, con muchas esperanzas y curiosidades. No sé qué estaba sosteniendo en mi mano izquierda y por qué oculto la derecha; igualmente un pie se escondió detrás del otro. Son posturas inconscientes en ese momento. Me gusta encontrarme en la pureza, la ternura y la inocencia de la sonrisa de esta, mi niña, y reafirmo que si no es por la niña que cuido de mantener viva, no hubiese podido sortear y enfrentar muchos momentos de mi vida adulta. Por eso amo a esta personita de vestido azul y amo la imagen que proyecta la foto; me gustaría decirle que me hubiera gustado cuidarla más y haberle prodigado más libertad, recreación y experiencias que le arrojaran mayor seguridad. Que las cosas no son tan ideales como ella pensaba, pero que [ha] hecho todo lo posible por hacer de ella una mujer segura y auto determinada. ¹

1. Docente del Colegio Floridablanca (IED).